

Cita sugerida para esta ponencia

Costa, M. E. y Purvis, G, L. (2017). Editoriales y lecturas infantiles: "Érase una vez..." en la *Gaceta del Libro* (1946-1948). Trabajo presentado en *V Jornadas de Intercambio y Reflexión Acerca de la Investigación en Bibliotecología*. Departamento de Bibliotecología. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación UNLP, La plata. Recuperado de

Editoriales y lecturas infantiles: "Érase una vez..." en la *Gaceta del Libro* (1946-1948)

Mg. María Eugenia Costa¹ y Esp. Gabriela Laura Purvis¹

¹Departamento de Bibliotecología. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata (FAHCE-UNLP). Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS). Proyecto I+D H800

email: ecosta@fahce.unlp.edu.ar / gpurvis@fahce.unlp.edu.ar

Resumen

El presente trabajo discurre en torno a la temprana conformación en la Argentina de un "campo de la literatura infantil" en los años cuarenta. El análisis de las fuentes primarias, como las novedades de la sección "Érase una vez..." en la *Gaceta del Libro*, permite comprobar que la publicación de libros para niños/as registró un adelanto significativo durante la "época de oro de la industria editorial", incremento sostenido por el aumento de la exportación y por la consolidación del mercado nacional. En cuanto a la producción, circulación y consumo de libros infantiles ilustrados se evidencian tres aspectos interrelacionados: la incidencia del desarrollo tecnológico e incorporación de modernas maquinarias a los procesos de fabricación; el crecimiento de la demanda de libros ilustrados destinada a este segmento del mercado editorial y la prevalencia de la adopción de patrones extranjeros junto con la progresiva "argentinización" de la creación artístico-literaria. El abordaje crítico del discurso subyacente a las reseñas bibliográficas implica tener presente cómo las editoriales configuraron una concepción moralista y ejemplarizante de este tipo de literatura a partir de una representación idealizada de la infancia.

Palabras clave

Mercado editorial - Literatura infantil y juvenil - Libros ilustrados - Representaciones lectoras

Los circuitos de producción y comercialización de libros ilustrados para niños/as.

Diversos autores ubicaron los orígenes del “campo de la literatura infantil” en Argentina a fines de la década de 1960, en el marco de una tardía constitución crítica. Estos estudios tuvieron en cuenta la problemática de la especificidad literaria y cuestionaron su consideración como un género “menor” (Díaz Rönner, 2000; Arpes y Ricaud, 2008 p. 120). Sin embargo, en el presente trabajo se considera que la publicación de libros para niños, entendida como una zona de producción cultural de gran impacto en distintos planos de la vida social, registró un adelanto significativo y una constitución progresiva a partir de los años cuarenta, durante la denominada “época de oro de la industria editorial” (De Diego, 2014). En efecto, la década de 1940 formó parte de un período de auge de la edición de libros (con tiradas promedio de 10.000 ejemplares), los cuales se exportaban a otros países de habla hispana. Es de destacar, por un lado, que no prevalecieron las ediciones de autores argentinos y, por otro lado, que la producción literaria se destinó también a un mercado interno en crecimiento (Giuliani, 2017). En este contexto, la ilustración gráfica se constituyó como una zona de hibridez entre las artes visuales y la cultura de masas en expansión, la cual generó una tensión entre lo foráneo o extranjerizante y lo nacional o autóctono.

Durante la década analizada, en lo que respecta a la producción, circulación y consumo de libros infantiles (generalmente ilustrados), se pueden constatar tres aspectos vinculados entre sí, los cuales se sintetizan a continuación.

En primer lugar, desde el punto de vista de los autores, aunque prevalecía la importación, la traducción o adaptación y la reproducción de patrones extranjeros (generalmente europeos, pero también norteamericanos), la producción artístico-literaria se fue “argentinizando” y algunos escritores nacionales tendieron a especializarse en ciertos géneros destinados al público infantil. Por su parte, los ilustradores residentes en el país aspiraban a la profesionalización y sus nombres comenzaron a aparecer con frecuencia en las tapas o las portadas de los libros, debajo de los escritores y los traductores. Asimismo se convocaron a artistas plásticos renombrados para concebir las imágenes de los álbumes y libros de distintos formatos. A diferencia de otros sectores del mundo editorial, en el rubro infantil fue importante la presencia femenina de autoras de textos literarios, diagramadoras, letristas e ilustradoras.

En segundo lugar, desde la perspectiva de los ‘consumidores’ -ya sean los niños y las niñas o sus mediadores lectores (padres, maestros, bibliotecarios)-, creció la demanda de libros ilustrados destinada a este segmento del mercado editorial, con las características peculiares de acuerdo a las edades y las respectivas recomendaciones en cuanto a las graduaciones tipográficas. Esta constitución del niño/a-consumidor/a se debió, entre otros factores, a la ampliación y la democratización de la escolarización junto con la promoción de la lectura en el marco de las políticas culturales del primer peronismo. Asimismo se plantearon intentos de modelización de la infancia, de construcción de representaciones uniformizantes e incluso se proyectaron formas de “adoctrinamiento” vinculadas a la socialización política desde etapas tempranas (Carli, 2002, p.357).

En tercer lugar, desde la mirada de los agentes editores e impresores, incidieron los procesos de desarrollo tecnológico e incorporación de modernas maquinarias a la fabricación de libros ilustrados. Con los procedimientos del *offset* se dieron las condiciones técnicas que posibilitaron la reproducción masiva de textos e imágenes impresas, a pesar de la recurrente carestía de materias primas importadas (papeles, cartulinas, etc.) debido a la situación de la posguerra (Rivera, 1998, p.159). Más allá de algunas coyunturas económicas críticas, se produjo un incremento sostenido de la oferta de libros para niños/as y jóvenes, signados por el mencionado aumento de la exportación y por la consolidación del mercado nacional.

Las publicaciones para las diversas edades alcanzaron un creciente desarrollo en los años cuarenta, no sólo en cantidad y variedad sino también en calidad gráfica y modernización de la diagramación o maquetación. Incluían desde narraciones literarias acompañadas de múltiples imágenes visuales hasta “libros-juguetes” (para armar animales, recortar y vestir personajes, para coleccionar figuritas troqueladas o para pintar mediante lápices e incluso “con agua”). Por entonces, en un artículo anónimo publicado en la revista de la Cámara Argentina del Libro titulado “Literatura infantil” se asevera “No puede haber libro infantil sin profusión de dibujos y pinturas. Formas y colores tienen que sobreabundar” (*Biblos*, 1947, n° 23, s/p). En otra publicación del sector se afirma que cada vez más editoriales argentinas “producen libros para los niños, en cuidadas ediciones artísticamente ilustradas” (*Gaceta del Libro*, 1946, n° 14, p. 39). En efecto, varios sellos tradicionales contaban con una sección infantil y/o juvenil, como Abril, Acme, Atlántida, Bell, Codex, Kapelusz, Peuser, Sopena, Tor. Otras editoriales, como Sigmar o Tito, se dedicaron en exclusividad a este complejo

segmento del mercado editorial, ya que la venta de volúmenes para niños ofrecía ganancias considerables. En las revistas del sector aumentaron los avisos publicitarios de las diversas colecciones infantiles agrupadas en series que plagaron los catálogos editoriales.

Junto con sus enciclopedias escolares, Atlántida lanzó al mercado sus famosas colecciones Billiken (adaptaciones literarias en la serie Roja, biografías en la Verde y temas históricos de América en la Azul) y la Biblioteca Infantil Atlántida con cuentos moralizantes de Constancio C. Vigil (Bontempo, 2012). Las primeras ediciones infantiles de Codex fueron, además de “libros-juguetes” (Movimientos, Pint-album, Pararmar, Todotela, Vestidos) y series de cuentos troquelados (Mi amigo) algunas colecciones para mayores de 10 años (Bucanero, Fantasía, Naturaleza). La Casa Peuser se posicionó en el mercado con colecciones de poemas de Félix de Amador (Animalitos de Nuestro Señor), relatos de pueblos originarios (Petaquitas de Leyendas) escritas por docentes, además de traducciones de “clásicos” para la Biblioteca de Lecturas Juveniles (Costa, 2014). Por su parte Sopena editó literatura infantil en colecciones de distinto formato (Diamante, Rubi, Topacio, Cuentos Miniatura, Ilusión). Entre las ediciones masivas de Tor (Abraham, 2016, p.224) estaban los cuentos de hadas de la colección La Abeja aunque había numerosas series destinadas a un público infantil (Cuentos de las Mil y una Noches, Encanto, Primeras Figuras, Mis Cuentos, etc.). Sigmar publicó las colecciones Dibujos invisibles, Grandes álbumes argentinos, Mis animalitos, Mosaico infantil entre otras.

Más allá de esta diversidad de propuestas editoriales, fue Abril la que renovó el mercado de los libros infantiles con numerosas colecciones para niños editadas en las décadas de 1940 y 1950 (Bolsillitos, Cuadritos, Cuentos de Abril, Diverlandia, El Gallo de Oro, Figuritas, Gatito, La Ventanita, Microlibros, Regalo, ¡Que parejita! Yo soy, entre otras). Boris Spivacow creó algunas de las colecciones más populares de Abril, compuestas por libros de pequeño formato. Por ejemplo, la Biblioteca Bolsillitos (lanzada al mercado en 1952) estuvo compuesta por más de mil títulos y se llegaron a vender 110.000 ejemplares por semana (Scarzanella, 2016, p. 98). Los libritos se vendían en los quioscos, si bien el circuito de las librerías aún prevalecía para las ediciones de tapa dura (cartoné). Tanto Abril como Tor publicaron numerosos libros de cuentos e historietas con los personajes de Walt Disney. Estas producciones extranjeras no eran bien vistas por sectores del peronismo, cuyo discurso estaba signado por su nacionalismo cultural.

Otros ejemplos dan cuenta de los avances en la producción, circulación y recepción de los libros ilustrados para niños y niñas en las décadas de 1940 y 1950. Además de los escritores que se volcaron a la infancia, se publicaron las primeras reflexiones teóricas sobre la problemática y se crearon secciones con novedades bibliográficas y reseñas en publicaciones especializadas. Asimismo se editaron comics e historietas y revistas para niños (*Billiken, Mundo infantil, Figuritas, El Tony, Pimpinela*, etc.) y se incorporaron suplementos infantiles en diarios como *La Prensa*. También se crearon salas para niños en bibliotecas públicas y populares de todo el país que contaron con subvenciones especiales, se lanzaron concursos literarios y se exhibieron libros e ilustraciones infantiles en diferentes tipos de muestras. Estos eventos culturales fueron organizados por organismos estatales, asociaciones particulares o por las mismas editoriales. Incluso en la referida Cámara Argentina del Libro (CAL) se formaron comisiones internas dentro del Consejo Directivo destinadas específicamente al “libro infantil” (Giuliani, 2017).

Entre las actividades de la CAL, la entidad declaró en 1946 ciertos días del mes de noviembre como “Semana del Libro Infantil”. El modelo fue tomado del *Children’s Book Council* norteamericano, cuyo lema era “Más libros para más niños”. El objetivo central de este plan de difusión cultural era “otorgar la debida jerarquía a esta línea editorial” (*Biblos*, 1947, n° 23, s/p). Se puso de relieve la producción literaria infantil y juvenil más significativa de autores argentinos o de extranjeros traducidos al español y editados en el último año. Si bien en el plano discursivo la “Semana del Libro Infantil” se orientaba a la educación y a la promoción de la lectura (*Gaceta del Libro*, 1946, n° 21, p. 93), se buscaba el incremento de las ventas. Según consta en la prensa, la CAL envió circulares y notas a sus asociados, diseñó un afiche publicitario con el lema “Libros: alas para los niños” y distribuyó propaganda en los establecimientos de la capital y el interior. Las principales librerías armaron vidrieras especiales donde exhibieron libros ilustrados y pusieron los ejemplares al alcance de los pequeños lectores. Por otra parte, los editores organizaron conferencias en salones, emisiones radiales con escritores y distribuyeron libros infantiles en bibliotecas escolares, hospitales, asilos (*Guía quincenal*, 1947, n° 15, p. 65). Asimismo publicaron un suplemento especial de la revista *Biblos* (órgano oficial de la CAL), que contenía historietas, entretenimientos y leyendas alusivas (Giuliani, 2017, p. 9). Sin embargo, la “Semana del Libro Infantil” no tuvo los efectos multiplicadores deseados por el gremio (*Gaceta del Libro*, 1948, n° 35-36, p. 295-296).

En el rubro de la literatura infantil y juvenil, algunas casas editoras actuaron dentro de la lógica comercial que le otorgaba prioridad a la promoción publicitaria y al éxito temporal e inmediato, más que a la búsqueda de capital simbólico-cultural (Bourdieu, 2006). Los libros ilustrados cuyo destinatario declarado eran los/as niños/as o adolescentes, respondían a una demanda existente, claramente identificable y se ajustaban a formas gráficas preestablecidas. Si bien muchos de estos libros eran productos de autores e ilustradores argentinos, también encontramos una diversidad de fuentes importadas que les proveían de textos ficcionales e imágenes múltiples, provenientes de algunos países europeos y de los Estados Unidos.

Por otra parte, la lectura de los diversos tipos de libros se integraba con otros consumos culturales que, en muchos de los casos, trasuntaban otros valores: desde las películas de dibujos animados norteamericanas hasta los productos de los medios gráficos nacionales. Podemos mencionar por caso las diferentes revistas para la niñez publicadas por Atlántida, Guillermo Kraft, Haynes entre otras firmas, y las revistas de humor e historietas editadas semanalmente por Abril, Códex, Columba, Dante Quintero, Frontera y Manuel Láinez (Vázquez, 2010, p52). En este contexto, los circuitos de producción, circulación y recepción o apropiación de los libros ilustrados destinados al público infantil y/o juvenil formaron parte del proceso de masificación de la “cultura gráfica-visual”. Esta noción incluye la amplia gama de imágenes producidas en distintos “dispositivos comunicacionales”, que se vinculan a ciertos “modos de visualidad”. Los impresos ilustrados -en tanto artefactos culturales- poseen peculiaridades materiales, formales e iconográficas y cumplen determinadas funciones en el complejo entramado socio-histórico (Malosetti Costa y Gené, 2009, 312 p).

En el marco del presente trabajo, el análisis de la edición del libro infantil implica tener presente que se trata de un medio privilegiado y legitimado socialmente, que recoge en mayor o menor medida aspectos que se consideran valiosos de ser transmitidos generacionalmente. Siguiendo los planteos de María Adelia Díaz Röner (2000) puede afirmarse que tanto desde el contenido de los libros como desde los discursos institucionales, se alzaban ciertas “voces mayores” las cuales operaban con normas y enseñanzas determinadas, presuponiendo que los niños eran una *tabula rasa*. Por ejemplo, en el referido artículo de la revista *Biblos* titulado “Literatura infantil” se afirma “El cerebro del niño es como un bosque virgen, al que hay que ir penetrando muy despacio y poco a poco” (*Biblos* 1947, n°23, s/p). Asimismo se consideraba que los menores poseían almas puras e incontaminadas y que, por lo tanto, debían ser tutelados

y protegidos. En este sentido, la pervivencia de la matriz religiosa y de la retórica conservadora se evidenció en una búsqueda ejemplificadora y utilitaria de los relatos destinados a los niños y niñas. Por eso se seleccionaron personajes y acciones tendientes a la bondad, a la obediencia y al buen comportamiento. Habitualmente se excluían los conflictos sociales, a excepción de casos como la Biblioteca Infantil General Perón (1948) editada por Codex e impresa por Peuser, la cual era distribuida gratuitamente. Esta colección operó como una “empresa cultural”, ya que obedeció a la preocupación estatal por la formación cívico-política -que incluía la adhesión al justicialismo- y la transmisión de valores nacionales e ideales virtuosos (Urich, 2010, p.96). Por otra parte, diversos textos escolares cubrieron parte de los intereses formativos, políticos y culturales del primer gobierno peronista.

En este punto es necesario tener en consideración que a mediados del siglo XX la noción de literatura infantil o juvenil implicaba fundamentalmente dos tipos de textos: por un lado, libros de estudio o lecturas obligatorias para las escuelas, que respondían a una determinada orientación didáctica y política; por otro lado, libros de entretenimiento o lecturas recreativas que valoraban el factor ético y estético. En líneas generales, se configuró una concepción moralista y ejemplarizante de este tipo de literatura a partir de una representación idealizada de la infancia.

Dentro de las lecturas escolarizadas se incluyeron relatos populares, basados en las tradiciones orales locales, ya sean fábulas, leyendas, adivinanzas, coplas, rimas, rondas, cancioneros, etc. Los libros con estos contenidos circulaban frecuentemente en las escuelas, que eran importantes “clientes” de las editoriales, junto con las bibliotecas. También se recurría a las traducciones de textos considerados “clásicos universales”, la mayoría de los cuales no fueron ideados originalmente para los niños. Los “clásicos” sufrieron diversos tipos de adaptaciones, ya sea alteración, eliminación y/o agregado de partes, con el objetivo de asociar los textos originales con modelos preexistentes y de atribuirles una función pragmática o pedagógica (Soriano, 1995, p.742). Algunos sellos incluyeron como “lecturas juveniles” una selección de títulos cercanos a los cánones de la literatura para adultos.

“Érase una vez...” A la búsqueda de orientaciones bibliográficas para pequeños lectores.

Con el fin de analizar la constitución de este complejo entramado editorial vinculado a la literatura infantil y juvenil es que se aborda como objeto la *Gaceta del Libro*. Esta “revista mensual informativa y bibliográfica” se lanzó en marzo de 1945 bajo la dirección de Roberto Senders, con un sistema de venta por suscripción. La publicación tenía como propósito no sólo difundir el libro argentino y americano, sino también salvaguardar los intereses de distintos agentes del sector gráfico: editores, gerentes, impresores y libreros. Además de diversos artículos de opinión debidamente firmados y de algunas biografías-homenaje u obituarios, *Gaceta del Libro* contenía numerosos avisos publicitarios a plena página con novedades editoriales. La revista incluía una serie de secciones fijas como “Noticias del mes” (con información nacional y del exterior), “Gacetillas”, “De recorrida”, “El libro en el cine”, “Éxitos de librería” (en Argentina y Norteamérica), “Pruebas de galera”, “Libros y folletos recibidos”, “Ediciones recientes”, También había un apartado con críticas bibliográficas titulado “Lápiz rojo” y se seleccionaba un título destacado para “El Libro de la Dirección”

La sección infantil de la *Gaceta del Libro* (en adelante *GL*) estuvo a cargo de la exiliada española Angustias García Usón. Formada como maestra nacional en su país de origen y discípula de María Montessori, esta militante de ideas republicanas colaboró con diversas editoriales argentinas como autora y traductora. La puesta en página de “Érase una vez....” incluye la imagen de una pareja de niños que, distendidamente, comparten un libro.

Del análisis pormenorizado de las orientaciones bibliográficas de esta sección durante el período 1946-1948, se pudo constatar que 70% de las reseñas recomiendan las publicaciones de cuatro editoriales: en primer lugar está Abril (con el 39%); ocupan el segundo y tercer sitio Codex y Peuser, con una cantidad equiparable de recomendaciones (16,7% y 16% respectivamente); Sigmar se ubica en cuarto término (casi con el 10 %). Probablemente las recomendaciones de García Usón de los títulos de Abril no fueron imparciales ya que fue colaboradora y representante gremial de la editorial (*GL* 1945, nº 10, p. 20). El 30% restante de las reseñas bibliográficas se reparten, en orden decreciente, entre los siguientes sellos: Les Editions Varietés (editorial canadiense), Tito, Kapeluz y Cía., Hachette, AméricaLee, Guillermo Kraft Ltda. Un número minúsculo de los comentarios corresponde a editoriales “emergentes” como La Aurora, Bell Vita Infatilis, Ediciones Santa Fe, La Colmena, Coendú, Ediciones James and Jonathan Company e Israel. Llama la atención que dentro de este grupo poco reseñado se ubique a Atlántida, no sólo por la magnitud de su producción

editorial sino también por los lazos establecidos por la autora, la cual publicó varias biografías en la Biblioteca Billiken.

Un análisis más detallado de la sección “Érase una vez...” da cuenta de los aspectos generales anteriormente mencionados. Por un lado, la inclusión de una columna de recomendaciones forma parte de las variadas estrategias del sector editorial que permiten visibilizar la constitución progresiva del campo de la literatura infantil y juvenil. No obstante estos sostenidos esfuerzos, García Usón expresaba su asombro al declararse “desierta” la categoría literatura infantil en un concurso que premiaba a los mejores libros editados en 1945. Al respecto aclara que la edición de libros para niños “no ha alcanzado todavía en nuestras editoriales la importancia que sería de desear y que realmente le corresponde” (*GL*, 1946, n°15, p. 37)

Por otro lado, evidencia la necesidad de las editoriales nacionales de ganar posiciones en dicho campo promocionando sus producciones literarias, como así también la preocupación por captar y fidelizar a un lectorado ampliado, que genera una demanda de libros recreativos por fuera del ámbito escolar. Se plantea un creciente interés por incluir obras literarias para niños y jóvenes en los catálogos o por aumentar su cantidad. García Usón describe así la situación:

mes a mes nuevas editoriales se suman (...) y casi podemos afirmar ya todas o la mayor parte de las editoriales argentinas contemplan la necesidad de incrementar la producción de ese género o de sumarlo a aquellos que hasta ahora han sido la base de su actividad específica (*GL*, 1946, n° 20, p. 29).

En efecto, editoriales como Abril, Codex o Tito sumaron nuevas colecciones o series para pequeños lectores, mientras otras firmas se lanzaron a la creación de una sección infantil. Por ejemplo, Codex inició la serie “Trajes Típicos” (*GL* 1947, n° 24, p. 20-21). Abril creó una nueva colección titulada “Hoy y mañana” que promocionaba adelantos de la ciencia y estaba destinada a “muchachos de 12 años en adelante” (*GL*, 1947, n° 29, p. 252-253).

Consideradas como un *corpus*, las obras reseñadas se pueden inscribir en la línea de lecturas de entretenimiento o recreativas que consideran el factor ético y estético como vehículo para formar a los pequeños lectores. Angustias García Usón sostuvo que el libro ilustrado, y más aún, el cuento era un “instrumento de educación” (*GL*, 1946, n° 16, p. 39). En las apreciaciones acerca de los libros infantiles se destaca el lugar de las ilustraciones. Estas aportan a las historias narradas en su función de entretener mientras

enseñan (las imágenes nunca son válidas en sí mismas). Según la colaboradora, ciertos autores argentinos “han demostrado su amor a la infancia escribiendo hermosos libros, en un hermoso lenguaje y con una hermosa intención” (*GL*, 1946, n° 14, p. 39). Las “buenas intenciones” se “inculcan” en el espíritu del niño y la niña, tanto a través de las palabras como de las “imágenes a todo color”, “prestando con ello un gran servicio a la educación estética” (*GL*, 1946, n° 18, p. 35-36).

Sin velos ni intermediaciones las reseñas de “Érase una vez...” destacaron el “valor recreativo”, el relato “novelado y altamente educativo”, así como “un gran conocimiento del alma infantil” por parte de los escritores e ilustradores. Esta identificación entre literatura y pedagogía se confirma con las afirmaciones de Nicolás Gibelli, editor de Codex. En sus “Notas sobre el libro infantil” afirma “La suerte de los libros para niños ha corrido siempre pareja con la mayor o menor preocupación de determinado país por la educación infantil”. Respecto de la finalidad de los mismos agrega: “no hay nada más sublime, sintético y encantador que sembrar en almas aún vírgenes”. Asimismo en el apartado “Consideraciones pedagógicas” asevera: “No sólo desde el punto de vista gráfico y técnico el libro infantil debe merecer la atención de sus editores. La psicología aliada con la pedagogía ha clasificado en cuatro las edades del desenvolvimiento infantil” (*GL*, 1946, n° 21, p. 61-63).

De esta forma las “voces mayores” de las que habla María Adelia Díaz Ronner (2000) se tornan audibles en las reseñas de “Érase una vez...”. Si bien no se trata de recomendaciones escolares, estrictamente pedagógicas, la impronta didáctica de las obras recomendadas resulta evidente. Es conveniente retomar aquí las nociones de “intrusiones”, “tutelajes” y/o “prácticas de servidumbre” sobre el campo de la literatura infantil. La autora alude a las sujeciones epistemológicas e intromisiones disciplinares que operan sobre dicho campo, reservando el lugar de la primera “intrusión” a la psicología y la segunda a la pedagogía (2007, p.17-22). Díaz Ronner sostiene que son discursos literarios “contrabandeados” que “premoldean al receptor, lector y oyente, reponiendo el orden”. Sin embargo “jamás estos discursos de neto corte pedagogizante son sospechados de ilícito alguno” (2011, p.97).

Las reseñas analizadas confirman una noción estática e idealizada de la infancia y de una literatura infantil de tendencia ‘utilitarista’ que se concibe como vehículo para la educación y la formación del “alma infantil”. En la apertura de la sección dice Angustias García Usón:

¿Quién no se ha emocionado intensamente, en tiempos más o menos lejanos, al oír o al leer estas mágicas palabras: ‘Érase una vez...’?, y es que hay una edad, verdadera ‘edad de oro’ (...) en la que la imaginación vuela por caminos ilimitados (*GL*, 1946, n° 14, p. 39).

Esa “edad de oro” idealizada a la que hace alusión la autora es, obviamente, la infancia.

Cabe mencionar otras dos cuestiones relevadas durante el análisis: por un lado, la hibridez y la tensión, detalladas antes, entre lo foráneo y lo nacional o autóctono también se hacen evidentes en las obras literarias reseñadas, así como en las estrategias recomendadas para las editoriales argentinas que desean promocionar el libro infantil. Se destaca la construcción de una mirada hacia lo foráneo, sobre todo hacia Estados Unidos, como modelo “digno de ser imitado”. En cuanto a los “clásicos”, predominaron las versiones y adaptaciones por sobre las obras originales, lo que da cuenta de la referida tendencia a la “argentinización” de la producción artístico-literaria. Por otro lado, en la mayoría de las recomendaciones se destaca, el énfasis en la cuestión etaria. Ya desde el comienzo de la sección “Érase una vez...” Angustias García Usón indica como algo positivo que las ediciones argentinas tengan en cuenta “las características propias de la edad de los niños a que van destinadas” (*GL*, 1946, n° 14, p. 39). Al respecto, el mencionado Gibelli considera “hay poderosas razones psicológicas que obligan a tener presente dicha clasificación de las edades infantiles, indicando en cada libro a qué etapa está destinados (...) Los editores debemos producir libros hermosos, adecuados a cada una de las edades infantiles” (*GL*, 1946, n° 21, p.62-63).

Sin embargo no debe perderse de vista que la catalogación según criterios etarios facilita (aún hoy la hace) la tarea seleccionadora del adulto-mediador.

Por último, bien podría leerse este *corpus* de obras reseñadas a partir de la conceptualización de María Fernanda Maquieira (2017), la cual plantea un panorama de la edición de literatura infantil y juvenil en la Argentina de hoy. La autora distingue cuatro categorías de libros que definen tendencias y estrategias editoriales: los didácticos, los clones, los *fast-food* y los espejos. Los libros didácticos tienen como fin “educar” y transmitir valores “políticamente correctos”, sostenidos por los discursos pedagógicos. Los clones, para llegar a un público masivo, se adecuan a las modas y prefiguran los intereses del público infantil. Los *fast-food* son obras que surgen como productos de mercado, derivados de medios audiovisuales e impera en ellos la novedad y la fugacidad. Los “libros-espejo” son definidos de la siguiente manera:

Para llegar al niño parece que hay que pensar y hablar como ellos, vestir del mismo modo, mostrar la vida cotidiana, reflejar la problemática de cierta clase media urbana, adecuarse a los ‘temas acordes’ con las diferentes edades. Abundan así los lugares comunes y los estereotipos (Maquiera, 2017, p.62).

De forma análoga, los sellos argentinos que editaron libros para niños a mediados del siglo XX también sostenían una cierta idea de infancia que se reflejó en las obras que publicaron para ellos. En este sentido, según Angustias García Usón los editores “colaboran con los escritores en dotar a la niñez del libro que les corresponde” (*GL*, 1946, n° 21, p. 39).

Reflexiones finales

A través del análisis de la sección “Érase una vez...”, aparecida por primera vez en la *Gaceta del Libro* en el año 1946, se ha demostrado la efectiva constitución de un complejo entramado editorial vinculado al campo de la literatura infantil y juvenil. Dicha columna, dedicada a reseñar libros ilustrados para niños/as, fue parte de las estrategias que las editoriales del momento (desde las más consolidadas y renombradas hasta las emergentes) pusieron en práctica para captar a un público lector en aumento. Mientras lo hacían, los sellos editores aportaron tanto al surgimiento de una literatura especializada como al establecimiento de cierta concepción de infancia. Esto se reflejó claramente en las obras que se publicaron, sustentadas en base a la idea de lo que “debían ser” los libros destinados a los pequeños y jóvenes lectores.

Referencias

- Abraham, C. (2016). *La Editorial Tor. Medio siglo de libros populares*. Temperley: Tren en Movimiento.
- Arpes, M. y Ricaud, N. (2008). *Literatura infantil argentina. Infancia, política y mercado en la constitución de un género masivo*. Buenos Aires: Stella/ La Crujía.
- Bontempo, M. P. (2012). *Editorial Atlántida. Un continente de publicaciones, 1918-1936*. (Tesis doctoral). Universidad de San Andrés, Buenos Aires:
- Bourdieu, P. (2006). “Una revolución conservadora en la edición”. En P. Bourdieu (Ed.), *Intelectuales, política y poder* (pp.223-270). Buenos Aires: Eudeba.

- Carli, S. (2002). *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1955*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Costa, M. E. (2014). Colecciones Infantiles Peuser: Arte, cultura masiva y nacionalismo en Argentina (1943-55). En F. Miranda, G. Vicci y V. Reyes González (Ed.), *Actas del III Congreso Internacional Arte, Ilustración y Cultura Visual en Educación Infantil*. (pp. 137-144). Montevideo, Uruguay: Universidad de la República/ UGR.
- De Diego, J. L. (2014). La “época de oro” de la industria editorial, 1938-1955. En J. L. De Diego (Ed.), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)* (pp. 97-133). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Díaz R. y María A. (2000). “Literatura infantil de ‘menor’ a ‘mayor’ ”. En N. Jitrik (Ed.), *Historia crítica de la literatura argentina*. Tomo 11. (pp. 511-531). Buenos Aires: Emecé.
- Díaz Ronner, M. A. (2007). *Cara y cruz de la literatura infantil*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Díaz Ronner, M. A. (2011). *La aldea literaria de los niños. Problemas, ambigüedades, paradojas*. Córdoba: Comunicarte.
- Fiorucci, F. (2009). La cultura, el libro y la lectura bajo el peronismo: El caso de la Comisión de Bibliotecas Populares. *Revista Desarrollo Económico*, 48(192), 543-556.
- Giuliani, G. A. (2017). Libros y nuevos lectores durante el primer peronismo. *Revista Afuera. Estudios de crítica cultural*, 17-18, 1-14. Recuperado de www.revistaafuera.com
- Malosetti Costa, L. y Gené, M. (2009). *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa.
- Maquieira, M. F. (2017). Panorama actual de la edición de literatura infantil y juvenil en Argentina. En: F. Estevez y P. Piccolini (Ed.), *La edición de libros en tiempos de cambio* (pp. 53-76). Buenos Aires: Paidós.
- Rivera, J. B. (1998). *El escritor y la industria cultural*. Buenos Aires: Atuel.
- Scarzanella, E. (2016). *Abril. Un editor italiano en Buenos Aires, de Perón a Videla*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Soriano, M. (1995). *La literatura para niños y jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas*. Buenos Aires: Colihue.

- Urich, S. (2010). *Escuchen lectorcitos: La Biblioteca Infantil General Perón*.
Temperley: Tren en Movimiento.
- Vázquez, L. (2010). *El oficio de las viñetas. La industria de la historieta argentina*.
Buenos Aires: Paidós.